

ISBN 978-987-624-126-7



9 789876 241267

Centro de Difusión de la Buena Prensa

Francisco Javier Correa
Carlomagno. Emperador cristiano



POCO Y BUENO

SERIE HÉROES



**Francisco Javier del Corazón
de Jesús Correa**

**Carlomagno
Emperador cristiano**

Correa, Francisco Javier del Corazón de Jesús

Carlomagno : emperador cristiano . - 1a ed. -

Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Centro de
Difusión de la Buena Prensa, 2014.

32 p. ; 14x10 cm. - (Poco y bueno. Héroes; 215)

ISBN 978-987-624-126-7

1. Cristianismo. 2. Historia de la Iglesia. I. Título
CDD 270.3

© Centro de Difusión de la Buena Prensa

Ayacucho 236 P. B. "A" C1025AAF.

Tel/fax: 54-11-4953-4685/3764

www.buenaprensa.org

E-Mail: catolica@buenaprensa.org

Diseño de Tapa: Lucía Dietrich

Impresión: G. Crippa Editores

ISBN: 978-987-624-126-7

Introducción

Después de recibir la Sagrada Comunión y habiendo recitado el salmo "Señor, en vuestras manos entrego mi espíritu", el Emperador Carlomagno falleció el día 28 de Enero de 814. Contaba entonces con 72 años aquel que fue Rey de los Francos (de 768 a 814) y Emperador de Occidente (de 800 a 814), coronado por el Papa León III, en la Navidad del Año 800.

Un pensador contemporáneo nos dice: "Emperador Carlomagno: ¡Nombre que adquirió un sonido de plata y de bronce, y que resuena por los siglos!". ¿Qué es más admirable en Carlomagno: el hombre de piedad o el guerrero? ¿El diplomático o el organizador del Imperio? ¿El restaurador de la cultura o el fundador de una dinastía? Puede sentirse malestar frente a estas preguntas. No porque ellas no tengan sentido, pero el modo como ellas se hacen tiende a omitir lo más importante: todo el conjunto. La cuestión está mal formulada, porque

esas cualidades admirables no se excluyen. Ellas deben ser consideradas concretamente en un hombre, y no abstractamente. O sea, en el Emperador del Sacro Imperio, tales cualidades forman un todo que lo representa. Una totalidad que hizo que los dos nombres "Carlos" y "Magno" adquiriesen sonido de plata y de bronce, que resuena por los siglos. Ese es el *unum* [la característica propia] de Carlomagno, que es mucho mayor que la suma de aquellas cualidades.

Considerando el *unum* de un hombre, podemos comprender mejor como las diversas cualidades resultan, de hecho, en una belleza mayor, pues el conjunto es más bello que las partes. Pero esto, en la medida en que las cualidades aisladas fueren muy buenas. Ejemplo: un vitral en que cada pedacito de vidrio de mala calidad refleja mediocrementemente la luz, dejándola translucir de forma empañada y con colores indefinidos, produce un conjunto inexpresivo. Es necesario que cada pequeño vidrio sea de muy buena calidad para que el conjunto quede extraor-

dinariamente lindo. La materia prima tiene que ser excelente, para que el conjunto sea todavía mejor. ¡Carlomagno es un ejemplo estupendo de ese principio!

El conceptuado historiador Juan B. Weiss, en su "Historia Universal", brinda los siguientes datos biográficos: En 772, a los 30 años, Carlos asumió el gobierno del reino de los francos. Con toda razón fue llamado "magnó", mereciendo ese apelativo como general y conquistador, ordenador y legislador de su inmenso imperio, y como promotor de toda la vida espiritual de Occidente. Con su gobierno, las ideas cristianas lograron victorias sobre los bárbaros. Su vida fue una constante lucha contra la grosería y la barbarie que amenazaban la Religión Católica y la naciente cultura. Emprendió nada menos que 53 expediciones militares, contra los sajones, los aquitanos, los lombardos, los árabes de España, los turingios, los avaros, los bretones, los bávaros, los eslavos, los sarracenos de Italia, los dinamarqueses y los griegos.

En la Navidad de 800, el Papa San León III lo elevó a la dignidad de Emperador, fundando así la más noble institución temporal de la Cristiandad, el Sacro Imperio Romano-Germánico. El 28 de enero de 814 murió Carlos, después de recibir la Sagrada Comunión. Fue enterrado, de acuerdo a la leyenda, en un nicho de la Catedral de Aachen (Aquisgrán), en posición erecta, sentado en un trono, empuñando la espada y teniendo el libro de los Santos Evangelios. Es el modelo de los emperadores católicos, el prototipo del caballero y la figura central de la gran mayoría de canciones de gesta medievales.

Otros datos biográficos

No es nuestra intención presentar una biografía acabada, pero debemos saber que, durante la época del nacimiento de Carlos, su padre, Pipino el Breve, Mayordomo del Palacio, de la línea de Arnulfo, era, en teoría, sólo el primer súbdito de Childerico III, el último rey Merovingio de los fran-

cos; pero su modesto título implicaba un poder real, militar, civil, e incluso eclesiástico, del cual la corona de Childerico era sólo un símbolo. No se sabe a ciencia cierta si Bertrada (o Berta), la madre de Carlomagno, hija de Cariberto, conde de Laon, estuvo legalmente casada con Pipino hasta algunos años después del 742 ó 745.

El curso de la vida de Carlomagno lo llevó a ser reconocido por la Santa Sede como su principal protector y coadjutor en lo temporal, desde Constantinopla hasta por lo menos Basilea en Occidente. Este reinado, el cual se involucró bastante más que cualquier otro personaje histórico en el desarrollo orgánico, y todavía más, en la consolidación de una Europa cristiana, será esbozado en este artículo tocando los periodos en los que está naturalmente dividido. La época de Carlomagno también fue una de reforma para la Iglesia gala, y de la fundación de la Iglesia en Alemania, la cual estuvo marcada por el florecimiento de la erudición, hecho que fructificó en las

grandes escuelas cristianas de los siglos doce y posteriores.

En el 752, cuando Carlos era sólo un niño no mayor de diez años, Pipino el Breve había apelado al Papa Zacarías para que reconociera su reinado y su título y dignidad real. Esta apelación a la Santa Sede tuvo como efecto práctico, dos años después, el viaje de Esteban III por los Alpes, con el propósito no sólo de ungir con el óleo real a Pipino, sino también a su hijo Carlos y al menor llamado *Carlomán*. El Papa luego les dio a los francos cristianos un precepto, bajo las más graves penas espirituales, ellos nunca "debían escoger a sus reyes de alguna otra familia". La primogenitura no contaba en las leyes francas de sucesión; la monarquía era electiva, aunque la elegibilidad se limitaba a los miembros masculinos de la familia privilegiada. De esta manera, en San Dionisio en el Sena, en el Reino de Neustria, el 28 de julio de 754, la casa de Arnulfo fue, por acto solemne del sumo pontífice, establecida en el trono, el cual hasta ese momento había

sido nominalmente ocupado por la casa de Merowig (Merovingia).

Carlos, ungido para ocupar el cargo real siendo aún un niño, aprendía los rudimentos del arte de la guerra mientras iba creciendo, acompañando a su padre en varias campañas. Estas primeras experiencias fueron importantes, pues desarrollaron en el muchacho aquellas virtudes militares que, unidas a su extraordinaria fuerza física y a su intenso nacionalismo, lo hicieron un héroe popular de los francos mucho tiempo antes de que fuese su legítimo rey. Al cabo, en septiembre de 768, Pipino el Breve, previendo su fin, realizó la partición de sus dominios entre sus dos hijos.

Carlos, de su padre, heredó el título de "Patricius Romanus" el cual traía consigo una obligación especial de proteger los derechos temporales de la Santa Sede. Lo que sí relata la historia con gran elocuencia es la primera visita de Carlos a la Ciudad Eterna. Se hizo todo lo posible para darle a su entrada el mayor realce posible y a semejanza de

los triunfos que se celebraban en la Roma antigua. Los jueces le dieron alcance a casi 50 kilómetros de la ciudad; la milicia puso a los pies de su gran patricio el estandarte de Roma y lo aclamaron como su imperator. Carlos se olvidó de la Roma pagana y se postró a besar el umbral de los Apóstoles, y luego pasó siete días dialogando con el sucesor de Pedro. Fue, sin duda, en este momento cuando hizo grandes planes para gloria de Dios y exaltación de la Santa Iglesia Santa, los cuales, a pesar de las debilidades humanas y de la ignorancia, hizo lo que pudo por cumplir. Su coronación como sucesor de Constantino no se dio hasta después de veintiséis años, pero su consagración como principal defensor de la Iglesia católica tuvo lugar en la Pascua del año 774.

Un nuevo Moisés

Carlomagno, con sus hazañas y su grandeza, evoca la figura extraordinaria de Moisés. Este fundó el orden del pueblo elegido,

prefigura de la Cristiandad. Fue quien recibió la revelación de los Diez Mandamientos y condujo al pueblo elegido hasta las puertas de la Tierra Prometida, sacándolo del cautiverio y constituyendo los elementos fundamentales para consolidarse y preparar las condiciones para que de él naciera el Salvador. Carlomagno tuvo una tarea análoga. Cuando el pueblo católico corría peligro inminente de hundirse en una servidumbre a manos de los peores adversarios, por una lucha tremenda los venció a todos estableciendo los fundamentos de la Civilización Cristiana.

Cuando los bárbaros comenzaron a instalarse en suelo europeo e imponer su tiranía, se vio que, en el Imperio devastado, había quedado en pie la Iglesia. Había un punto de salvación para intentar salir del abismo: fortalecer la influencia de la Iglesia y así volver a levantarse de la situación miserable en que Europa había caído. Una nueva catástrofe se produce en la Península Ibérica, que es invadida por mahometanos a causa de la

flojera y quinta-columnismo de los visigodos que habitaban España. Ella fue tomada en su mayor parte y la oleada árabe comenzó a invadir la Europa semi-romana y semi-bárbara a partir de los Pirineos.

Los mahometanos desembarcaban en Italia, en el sur de Francia, y comenzaban sus invasiones. Esa llaga viva que era la Europa de aquel tiempo empezó a sufrir también el castigo de los musulmanes. Fue en ese momento, en que todo parecía perdido, que Dios suscitó ese hombre extraordinario que fue Carlomagno. Un hombre que —a nuestro entender— fue un profeta; un hombre que realizó el reino de Dios porque tenía el don de comprender en qué consistía, y de conducir a otros a unir sus voluntades para esa realización. Tenía —por sobre todo— el don de vencer, de derrumbar los obstáculos que se opusieran a alcanzar ese fin. Como vimos, al frente de los francos, hizo más de cincuenta expediciones militares en las que descalabró completamente a los bárbaros. Luego contuvo, también, el poderío mahometano.

Y así hizo volver atrás las puertas de la Historia. Esta parecía condenar irremisiblemente al pueblo latino a la desaparición bajo la presión germánica y la mahometana.

Carlomagno salvó la latinidad; y, salvándola, salvó la Cristiandad.

El hombre que realizó tan extraordinarias hazañas era hercúleo. De elevada estatura, trazos regulares y bien formados, conservando algo de juvenil aún en la ancianidad, y, en su mocedad, algo de la madurez de la ancianidad. De joven infundía respeto como si fuera mayor, y, en su vejez, sabía infundir entusiasmo como si fuese joven. Al mismo tiempo era amable al punto de que la leyenda popular lo llamaba "el rey de la barba florida", de quien, al sonreír, nacían flores. Podemos medir la riqueza de su personalidad: terrible en el combate —al enterarse de que estaba presente en un frente de combate, sus adversarios sabían que media batalla estaba perdida; y asimismo tan gentil, que

parecía que de su barba nacían flores.

A la par de gran guerrero fue gran formador de hombres. Constituyó un conjunto de varones que pasó a la Historia: los Doce Pares de Carlomagno. Cada uno de ellos era como un hijo y embajador de él, dotado de su "carlomagnicidad" y participando de su majestad, fuerza y grandeza. En esa relación se destaca el valor del nexo que los unía. Solidaridad sin orgullo ni envidia, que buscaba el servicio del Emperador y así servir la causa de la Civilización Cristiana, y análogamente servir a la Iglesia Católica, a la Santísima Virgen y a Nuestro Señor Jesucristo en lo más alto de los Cielos. Por eso eran tan unidos, realizando el ideal de la amistad noble, fuerte, varonil, sin pretensiones y leal, que caracterizó a los Pares de Carlomagno.

Siguiendo una tradición cristiana, en varios países de Europa la alta Nobleza trató de asumir el título de Par. Ejemplo de ello son los Pares del Reino, en Francia y en el Reino Unido. También lo hicieron los conquista-

dores en Hispanoamérica. Carlomagno no sabía leer ni escribir. Al contrario, sin embargo, de los que creen que el pensamiento comienza en un libro, y que antes de pensar en un asunto comienzan por comprarlo, sabía ver la realidad de muy diferente modo. Tenía una tal noción de las cosas, una tal inteligencia, que organizó la instrucción en todo su Imperio convocando a hombres como Alcuino, capaces de desempeñarse como una especie de Ministros de Cultura y Educación. No sólo eso. Había Concilios de Obispos, en los que participaba. Viendo a los Obispos tomar decisiones –pues a ellos les cabe decidir en asuntos eclesiásticos– hacía uso de la palabra y entraba en los debates teológicos, generalmente con éxito. Era en esos casos quien tenía la fórmula teológica correcta, pese a no haber estudiado en los Seminarios. Se comprende, así, lo que era este varón... Fue el muro de defensa de la Iglesia, el sostén de la Iglesia, el hijo de la Iglesia. No invadió sus derechos, respetó su soberanía, le reconoció todo su poder.

Entre el altar y el trono

Hagamos alusión a la Carta del Emperador Carlomagno al Papa León III. Aquí se reflejan los Principios de la alianza entre el altar y el trono, que animaban el Imperio. Debemos hacer notar que San León III – Papa de 795 a 816 – fue contestado por parientes del difunto Papa Adriano I, maltratado y encarcelado. Libertado por algunos fieles, él apeló a Carlomagno. Todo quedó resuelto cuando en Roma, en el año 800, Carlos lo declaró inocente y condenó sus acusadores. Al día siguiente, 24 de diciembre, durante la Misa de la Vigilia de Navidad en San Pedro, el Papa consagró Carlomagno como Emperador.

León III, el sucesor inmediato de Adriano I, le notificó a Carlos su elección (26 de diciembre de 795) como Sumo Pontífice. El rey le envió a cambio, espléndidos regalos, a través del Abad Angilberto, a quien encargó tratar con el Papa sobre todos los asuntos concernientes al cargo real de Patricio ro-

mano. Si bien esta carta es respetuosa e incluso afectuosa, también muestra la idea de Carlos sobre la interacción de los poderes espirituales y temporales, y tampoco duda en recordarle al Papa sus graves obligaciones espirituales. El nuevo Papa, un romano, tenía enemigos en la Ciudad Eterna, los cuales extendieron informes muy perjudiciales acerca de su vida anterior. En esta carta, Carlos escribe a León para manifestarle su dolor por la muerte de Adriano I y su alegría por la elección del nuevo Papa. También le expone, de modo muy sintético, los principios que, según Carlos, deberían regular la alianza entre el altar y el trono:

Carlos, por la gracia de Dios, Rey de los Francos, de los Longobardos y Patricio de los Romanos, a León Papa, saludo de perpetua bienaventuranza en Cristo.

Después de haber leído con atención la carta de Vuestra Excelencia y de haber oído el decreto de elección, quedamos muy contentos – confieso –, sea por la unanimidad de vuestra elección, sea por la obediencia de

vuestra humildad y por la fidelidad que habéis demostrado en relación a nosotros con vuestra promesa solemne (...).

Por todas esas cosas agradecemos de lo más profundo de nuestro corazón a la Divina Misericordia, pues, después de la llaga de dolor digna de llanto que infligió a nuestra alma la muerte de nuestro dilectísimo padre y fidelísimo amigo [Papa Adriano I], Dios se dignó, de acuerdo con la habitual providencia de Su Bondad, concedernos un consuelo como Vos. Por esto nosotros confiamos a Vuestra Santidad nuestra prosperidad y la de todos nuestros súbditos, pidiéndoos – por así decir – la tarea de obtener para nosotros la felicidad. Nosotros os la confiamos en nombre de la misericordia de Nuestro Señor Jesucristo, Dios que tuvo pena de su Santa iglesia elevando Vuestra Santidad a su cima. (...).

Encomendamos [a Angilberto de hablar] sobre todas las cosas que nos parecían a nosotros opcionales o a Vos necesarias, a fin de que trataseis y discutieseis todo aquello que os parezca oportuno para la exaltación de la

Santa Iglesia de Dios, la estabilidad de vuestra honra y la solidez de nuestro patriciado. De hecho, del mismo modo que yo había establecido un pacto con el beatísimo predecesor de Vuestra Santa Paternidad, deseo ahora establecer con Vuestra Santidad una alianza inviolable de idéntica fe y caridad, para que, en virtud de la gracia que Dios conceda a Vuestra Santidad Apostólica, llegue hasta mi de todas partes la bendición apostólica invocada por la intercesión de la oración de los santos, y la Santísima Sede de la Iglesia Romana, por la intercesión de Dios sea siempre bien defendida por nuestra devoción.

Cabe a nosotros, por el auxilio de la Divina Misericordia, defender por todas partes la Santa Iglesia de Cristo con las armas. En el exterior, de la incursión de los paganos y das devastaciones de los infieles; y en el interior, fortificándola con la profesión de la fe católica.

A Vos, Padre Santísimo, cabe levantar – como Moisés (cf. Ex. 17, 8-13) – las manos

a Dios para ayudar nuestra milicia, de modo que, por vuestra intercesión y en virtud de la guía y del don de Dios, el pueblo cristiano obtenga siempre y por todas partes la victoria sobre los enemigos de Su Santo Nombre, y que el nombre de Nuestro Señor Jesucristo sea glorificado en el mundo entero. Mientras tanto, que la prudencia de vuestra autoridad cumpla en todo las leyes canónicas, a fin de que en vuestra conducta resplandezca claramente a los ojos de todos el ejemplo de santidad plena, y que todos oigan de vuestra boca palabras de santa exhortación; para que "vuestra luz brille de tal manera ante los hombres, y que ellos viendo vuestras buenas obras glorifiquen a Nuestro Padre que está en los Cielos" (Mt. 5, 16).

(Fuente: Carlos Magno, "Le lettere", Città Nuova, 110 páginas; op. cit., pp 57-61).

La personalidad de Carlomagno

Einhart nos da descripción de Carlomagno: "Él era grande, fuerte y de elevada

estatura, aunque no desproporcionadamente alto (siete pies de altura). Su cabeza era redonda y bien formada, sus ojos muy grandes y vivaces, su nariz un poco larga, su cabello blanco y su rostro jovial. Su apariencia era siempre majestuosa y muy digna, sea que estuviese de pie o sentado... Su modo de andar era firme, todo su porte varonil y su voz clara."

Esta figura heroica estaba poseída de un espíritu jovial. El Monje de San Gall relata que todo aquel fuese triste y perturbado ante la presencia de Carlomagno se iba sereno sólo por el efecto de su presencia y algunas pocas palabras. La frescura y honestidad de su naturaleza fortalecía a todo aquel que se asociase a él. Su majestad no tenía ninguna arrogancia rígida ni ninguna desconfiada reserva; antes bien, la tranquila grandeza de su personalidad dominaba todo su alrededor, y, no obstante, era modesto y reservado. La terrible impresión que causaba en los corazones de sus enemigos como guerrero al frente de su ejército la describe el Monje de

San Gall: "Entonces, uno podía ver el Carlomagno de hierro con su cabeza cubierta casco de hierro, sus brazos cubiertos de armaduras de hierro; en su mano izquierda llevaba una lanza de hierro y en su derecha su siempre victoriosa espada de acero. Sus músculos estaban cubiertos de armaduras de hierro, y su escudo hecho de hierro puro." "Cuando aparecía, los habitantes de Pavía gritaban de miedo: ¡Oh, el Hombre de Hierro! ¡Oh, el Hombre de Hierro!". Este Hombre de Hierro tenía un corazón profundamente sensible. Carlomagno lloraba como un niño ante la muerte de un amigo. El vencedor de 100 batallas mostraba un cuidado paternal por los pobres. "El hombre cuyos pasos hacían temblar a toda Europa y por cuyas grandes campañas un millón de hombres fueron conquistados por el más tierno de los padres, que nunca pudo cenar sin la presencia de alguno de sus hijos. Fue su religión la que le dio el noble impulso de su fuerte y fecundo espíritu y le confirió la gloria de su poder. Y bajo su protección puso

a los pueblos que su espada había vencido” (Historia Universal, Edición Española, vol. IV, pg. 790).

Este magnífico retrato de Carlomagno inspira dos comentarios diferentes. El primero se refiere a Carlomagno mientras vivía; el segundo, su papel después de su muerte. Considerando a Carlomagno durante su vida, uno se da cuenta que él fue una obra maestra de la Divina Providencia en el que Dios se complació en manifestar su gloria por la belleza y armonía. Con esto, Dios se complació en brillar con-naturalmente en él. A menudo Dios quiere celebrar la supremacía de las almas grandes y poderosas sobre los cuerpos pequeños por el contraste: el alma parece ser casi independiente del cuerpo. En otras ocasiones es lo contrario. Dios hace a hombres con cuerpos colosales y con inteligencias más pequeñas que se hacen conocidos por sus virtudes, demostrando que la grandeza del cuerpo no es nada sin la grandeza moral. Se dice, por ejemplo, que San Cristóbal era de enorme estatura y

muy fuerte, pero muy simple de mente, muy ingenuo, incluso un poco retrasado. No obstante, de este hombre con una fuerza física súper abundante y una capacidad intelectual insuficiente, Dios hizo una obra de arte cuya rectitud de espíritu y gran fuerza corporal sirvió con encanto al Niño Jesús.

En Carlomagno, Dios puso la perfección en todo. En él, no vemos la belleza del contraste, sino la belleza de la armonía, de la coherencia en todas las cosas: una gran inteligencia animando un cuerpo grande; un gran cuerpo que refleja la inmensa grandeza de un alma que pudo llevar a cabo una obra colosal, alcanzar una alta virtud y dejar una gran memoria. La grandeza en todo fue la característica de Carlomagno.

Carlomagno como guerrero.

En la guerra de ese tiempo, donde la pólvora y el equipamiento técnico moderno no estaban presentes, la fuerza física de un guerrero era muy importante. Entonces, bien

armado – y cubierto de hierro – aparecía en la batalla contra sus enemigos como un tanque de nuestro tiempo. Él era una especie de tanque humano, atravesando y devastando a sus enemigos con su estupenda espada que nunca se quebró ni nunca falló. Cuando avanzaba, cortaba y destruía a los enemigos, dejando detrás de sí una estela a través de la cual sus hombres podían seguirlo.

De la descripción que fue leída (arriba), podemos imaginar a Carlomagno en batalla. Un hombre alto, de edad avanzada, pero todavía vigoroso, cabello blanco, ojos de acero, músculos fuertes, todo cubierto de hierro, montado en un caballo que también está con muchas ganas de atacar al enemigo. Él es el padre de su pueblo, que toma sobre sí grandes riesgos para favorecer a todo el pueblo y que avanza dirigiendo a su pueblo rumbo a la victoria. Este era el hombre a quien los habitantes de Pavía veían avanzando contra ellos y que los hacía gritar de miedo: “¡Oh, el Hombre de Hierro! ¡Oh, el Hombre de Hierro!”.

Sí, él era un Hombre de Hierro, pero más importante que eso él era un hombre que inspiraba un nervio de hierro en los guerreros que luchaban por él y con él. Cuando él estaba presente, todos los presentes se convertían en guerreros de hierro, y el ejército de un Emperador de Hierro fue un ejército de hierro. Él fue más que un simple combatiente, él era la fuente de la combatividad en todo el ejército. Él fue el hombre que luchó contra los agresores injustos del Reino de los Francos y de la Santa Iglesia Católica, de la que era el defensor.

Terminada la batalla, el Emperador regresa al campamento cubierto de gloria, pero también cubierto de polvo, sudor y sangre. Él va a su tienda y se quita el casco, algunos asistentes van junto a él y lo ayudan a quitarse su armadura. Se lava y va a comer. Podemos imaginarnos la mesa Carolingia: un tronco de madera cubierto de telas preciosas, sobre ella hay una copa de oro de forma primitiva con incrustaciones de piedras preciosas toscamente cortadas que la

hacen brillar. Carlomagno pide vino y bebe uno o dos copas llenas, porque un hombre de naturaleza tan poderosa, bebe naturalmente con todo el corazón. Él come, bebe, hace una revisión sin pretensiones de la batalla, agradece a la Virgen por la victoria y se retira a dormir.

El descansa en su enorme cama. Su descanso es comunicativo. Cuando Carlomagno duerme en su tienda, qué tranquilidad fluye hacia todos los que lo rodean, y de ahí se propaga en círculos concéntricos para llegar a todos los guerreros que también están descansado. Incluso en su sueño, él es el ángel de la guarda de todo el ejército que duerme. Cuán apacible es para un ejército saber que es comandado por un Emperador que es un gigante llamada el Hombre de Hierro.

El despierta y su día comienza en el campamento. Recibe a las personas que quieren hablar con él. Él es amable, tranquilo, accesible, transmitiendo su alegría y bondad para todos. Él es la fuente de contentamiento de

todo el campamento. Él es al mismo tiempo la torre fortificada que protege a todo el mundo y la fuente de agua dulce de la que todos pueden beber. Todos quieren tomar un poco de su presencia. Así, Carlomagno es la alegría de todo el campamento el deleite del Reino de los Francos.

En un acto de profunda reflexión es bueno imaginarnos cómo tres o cuatro Obispos católicos, sabiendo que Carlomagno está en la zona, se presentan ante él, para hablar con el Emperador, de pedirle algunos favores. Porque ellos conocen la fama de Carlomagno como defensor de la Iglesia, ellos no sienten ningún sentimiento de competir con él en su papel de jefe de la esfera temporal. Ellos sienten, estima, respeto y afecto. Ellos saben que son príncipes de la Iglesia de Dios, y por esta razón, Carlomagno es sólo un simple fiel delante de ellos. Pero también sabe que Dios había escogido a ese hombre como Profeta para guiar y proteger los intereses de la Iglesia y la Cristiandad y darle a Él la victoria. Ellos se le acercan con toda

seguridad sabiendo que el Emperador no cuestionará sus prerrogativas, sino que los tratará con el debido honor y respeto. Ellos también saben que pueden pedir lo que quieran – desde una cruzada hasta la construcción de un hospital – y que el Emperador les dará lo que pueda. Podemos imaginarnos como esos hombres se presentaban, graves, dignos, serenos. Cuando llegan, el centinela hace una profunda reverencia, todos dejan de hablar y se vuelven a mirarlos. Alguien anuncia: “Los Obispos de la Santa Iglesia de Dios han llegado, ellos desean hablar con el Emperador.” Otra persona va a anunciar su llegada a Carlomagno.

El levanta su inmensa figura y recibe a los Obispos de pie. Se intercambian saludos. Carlomagno los invita a sentarse: “Mis Señores y Padres, ¿qué es lo que desean? – “Nos gustaría esto y aquello.” Carlomagno atiende sus pedidos, y les da un poco más de lo que le piden. Satisfechos, ellos se retiran. El ejército levanta el campamento y se traslada a otra batalla o regresa a Aix-

la-Chapelle, por un período de descanso y tranquilidad. Este es el gran Carlomagno: una especie de luz que intensifica el color de todo lo que lo rodea. Ante él, los Obispos se sienten más Obispos, sus hijos se sienten más hijos, las almas alegres son más alegres, los guerreros son más guerreros. Hay en él una fuerza propulsora que no es apenas un poder físico, sino también es una fuerza mental de una gran alma y, más que eso, una irradiación de gracias que emanan de él. Esto lo convierte en la fuente de vida y alegría de todo el Imperio.

Después de su muerte, muchos Obispos comprenderán mejor su propia misión, porque ellos serán formados por Obispos que conocieron a Carlomagno. Muchos guerreros serán más perfectos guerreros porque ellos conversarán y serán formados por caballeros que habían visto a Carlomagno luchando en una batalla. En muchas cortes, el esplendor será mayor porque hablaran sobre la magnificencia Carolingia y de la obra del gran Emperador. Muchos Emperado-

res serán más majestuosos y muchos Reyes comprenderán mejor su señorío porque la cálida irradiación de la presencia de Carlomagno podrá todavía sentirse allí.

La corona de Carlomagno

La Corona de Carlomagno trae mensajes que nos hablan de algo muy alto. Es como si ella encendiese dentro de nosotros algo todavía mayor que el ambiente histórico en que alguna vez estuvo. Trae un mensaje y coloca alguna cosa en la persona que la observa con atención. Y si esa persona se abre a ese mensaje, entonces ella encaja tanto con la corona como con su significado. Si varias personas son sensibles a ese mensaje, nace en ellas una relación entre sus almas. La Corona de Carlomagno simboliza valores absolutos que nunca cambian y se mantienen por encima de los hombres. Los símbolos tienen la función de darnos a conocer esos valores absolutos de manera sensible. Los hombres no tenemos una visión directa

de los valores absolutos, pero cuando vemos un símbolo, como la Corona de Carlomagno, percibimos entonces lo que son esos valores absolutos.

Cuando una persona se abre a la influencia impalpable e indecible de lo absoluto representado por esa corona, entra en un relacionamiento profundo de alma no solo con la corona sino también con todo aquello que ella y ese valor absoluto representa. Y entonces, en ese relacionamiento, un valor que está en Dios, es decir, el Absoluto, entra a habitar dentro de la persona. ¿Qué es ahí lo absoluto?: Es el propio Dios visto en los reflejos que de Él hay en la creación; y el alma humana fue hecha por Dios para conocer y amar lo absoluto, es decir, esos valores que existen en Dios y resplandecen en los símbolos. Mientras el alma humana no conozca esos símbolos del absoluto, ella en verdad no ha vivido todavía. Mientras no conozca y ame esos absolutos, sentirá el peso de la vida como la de un animal.

